

La hora actual del Congreso

En la maquinaria administrativa que aquí funciona, la acción de la Cámara hace el efecto de una rueda tomada por la herumbre y que, al girar lanzara al aire dolorosas estridencias.

Es un carro que marcha trabajosamente, atascado en los baches de una superficialidad perfectamente demostrada.

A veces es un conjunto dócil y complaciente que acuerda una suspensión del Orden Constitucional, situación á cuyo amparo han de despertar más tarde hereditarios despotismos; otras, haciendo confesión tácita de ineptitud en asuntos económicos de orden puramente legislativo, otorga facultades generalísimas á Poderes de otra esfera, sin sospechar que al abrigo de las omnímodas facultades así conferidas, bien pudiera ensayar sus gestos la monstruosidad de más de un desierto.

Hombres faltos de toda preparación en los asuntos encomendados á sus responsabilidades, y hombres sin noción de lo que tales responsabilidades significan llegan al Congreso sin otra credencial que las que determinadas eventualidades políticas conceden, á depositar su indolencia en los cómodos asientos de aquel recinto, intentando á ratos salidas parlamentarias de tal fuste, que apenas si consiguen mover á risa al público de las barras. Bien contadas son las excepciones, aseguramos que no montan á cinco.

Así con elementos de esa especie han sido formados los cuerpos legislativos en Costa Rica, á causa del error inveterado de hacer de cada diputación una recompensa que venga á satisfacer los ayunos pecuniarios del favorecido, unas veces; otras, para llenar las obligaciones derivantes de oscuros compromisos contraídos con la familia del agraciado.

Contados son los casos en que un representante llega á serlo en virtud del querer espontáneo de sus representados y, por lo raros, notables.

En presencia del espectáculo que el actual Congreso nos ofrece diariamente puede muy bien afirmarse que los hombres que lo integran han llegado allí llevados por su candidez ó por su maldad. En el primer caso, pensando sinceramente que su esfuerzo puesto en acción ha de remediar las necesidades de la comunidad. Fuerza es confesar que estos serán hombres honrados hasta tanto no se hayan percatado de su equivocación. Los segundos, á sabiendas de que nada bueno van á hacer, concurren á la Cámara en vía de especulación, son los más, y á estos refiriéndose declaró graciosamente el señor Pérez Zeleón que de ellos podía decirse que son los *hombres prácticos en*

la vida pública, declaración confirmada por las palabras del señor Briceño en uno de tantos incidentes motivado con la tentativa de rebajo de sueldos, al tildar de peligrosas aquella reducción por los extravíos que en la carrera del diputado muy bien podría ocasionar.

Es oportuno hacer notar lo que la opinión pública en materia de Cámaras Legislativas palpa á cada momento. Es constante el hecho de que individuos ascendidos por el voto de los pueblos, olvidan su misión y, traicionando al partido que los alzó, de la nada casi siempre, se toraan servidores incondicionales y firmes defensores del capitalismo en la Cámara, como muy bien pudo verse cuando en la nuestra fué traído al debate el asunto de maderas para reconstruir Cartago. Acaso no fueran otros los extravíos á que quiso aludir el defensor de su sueldo, señor Briceño.

Quando menos con una sonrisa irónica, ya que no con un gesto severo, era de esperarse que el Congreso acogiera la idea lastimosa de la Secretaría de Hacienda—cogida en sus propias redes, á decir de muchos—encaminada á fomentar la vagancia y el espionaje con el proyecto, *egoísta* á caso, de recompensar cuantiosamente á los que por oficio tienen el muy infame de denunciar contrabandos.

El proyecto pasó como aquí pasan casi todos los desplantes. No hubo una sola voz que tildara de falta de autoridad moral, siquiera, al señor Ministro que así quiso exhibir su egoísmo ó su candidez.

Por un lado algún modesto representante de buena fé digna de mejor suerte intentando levantar el trabajo con el fomento de la agricultura, y por otro, el Gobierno, por medio de sus dependencias, propendiendo á la corrupción moral facilitando medios de vida de acuerdo con su oficio á los delatores que abran las puertas de la cárcel para los hombres del pueblo que osadamente ganen la vida, á falta de que hacer mejor, burlando la tranquilidad de un fisco á cuya sombra engordan tantos holgazanes.

La ley, ya se ve, va contra los contrabandistas en pequeña escala, contra los indefensos; inútil sería referirla á los grandes contrabandistas. Con todo y que á la Cámara se llega con *votos de cantidad* cada uno de los cusles en el sistema republicano vale por cualquiera de los de *calidad*

RUBÉN COTO

Cosas de la Policía

En la esquina de *La Magnolia*, una harapienta pordiosera que pasa se detiene un momento, probablemente á tomar aliento para proseguir su penosa marcha: "desocupe el campo, bájesel!" la increpa un policial en tono desabrido.

La anciana mira el gesto duro de su interlocutor, y se echa hacia afuera al momento.

Acto continuo una media docena de *narcisos*, de parte galante y bien perfumados, se sitúan en la misma esquina, precisamente en el mismo lugar de donde la anciana fué desalojada con dureza. El mismo policial se les acerca deteniéndose antes de llegar á donde ellos están.

Fué de esta vez á que se dejara libre el campo? No, á gozar con las *salidas* de los narcisos. Son tan divertidos y huelen tan bien esos jóvenes. No, y que si *cumplieran*, los caballeros

tos se quejan ante el superior y, destitución segura del agente de *Orden y Seguridad*.

—En el pescante de los coches del Gobierno suele verse jovencitos de escuela dirigiendo el tronco. Lo propio ocurre con la volante del señor Peralta, con la de otros señores y con las de algunos médicos de fama.

—Un cochero de los del servicio público diestro en el manejo de las riendas lleva á un joven de quince años, en el pescante.

—¡Alto!, grita otro policial.

—¿Qué hay?

—Nada, que ese menor no puede ir en el pescante, ó se vienen los dos conmigo.

—Pero cómo los coches del Gobierno, y en la volante del señor Peralta, y en la del Dr.

Nada, nada. Ellos son ellos y usted es un pobre cochero.

Cosas de la policía !!

A través de los escombros

Mis Observaciones

La reciente catástrofe que ha enlutado á Costa Rica entera y asesinado cruelmente á la que fué Cartago, me indujo á visitar esas ruinas que en vano los periódicos tratan de descubrir. Pero, hay cosas que se escapan á las descripciones del hombre; una es ésta: Sólo en estos momentos de tribulación y de infortunio valíamos lo que significa nuestra pequeñez humana: la Naturaleza—inclemente—destruyó instantáneamente, en un tiempo apenas suficiente para concebir semejante idea, á dos pueblos, y nosotros—tan débiles—quien sabe hasta cuando podamos hacer lo que nos corresponde; contrarrestar el golpe rudo y cruel del terremoto. Cuántos días tendremos que observar—con ojos de tristeza—sólo escombros y desorden, y el sol hundirá sus rayos en cavernas oscuras y frías que fueron antes regias mansiones. En esos momentos se quiere ser Omnipotente para decir como Cristo á Lázaro: «levántate y vive,» quisiera uno verlos tornarse de escombros en pueblos ricos, bellos y felices, siquiera con la alegría de poder vivir. Pero la cosa, á mi entender, camina mal. Se ve una mole de trabajadores que se mueve á paso de tortuga y que labora como sin voluntad; y mi espíritu travieso creyó adivinar allí la mano despótica de la milicia que antes que buen éxito en el trabajo pide y necesita disciplina militar y rigor exagerado. Qué diferente marcharían esos trabajos si estuvieran vigilados por un perito. Ya que transigimos con salvajismos y restos de barbarie, dejemos la espada para cortar cabezas en el campo de combate y en la hora suprema y cruel de una batalla, y en estos trabajos á los entendidos, y porque: «zapatero, á tus zapatos.»

Aun en estos horribles cataclismos las buenas construcciones soportan con más resignación esos cariños—aunque de esos cariños que matan—del Irazú (digo yo). Allí, el cuartel, en pie, aunque desperfeccionado, lo prueba. Más ó menos en todas las construcciones, por el lado en que cayeron las paredes ó por donde se desplomó el techo está indicada la dirección—aproximada—del terremoto.

Sólo por allá el Palacio de la Paz se convirtió en un montón de escombros, de manera que más bien parece que ahora están amontonados los materiales para comenzar la obra. Ni seña de trabajo se ve allí, y entonces otra vez mi espíritu travieso se puso á meditar si sería ese edificio el construido bajo la *habilitisima* dirección de un renombrado arquitecto Carranza; oasas por allí cerca, oh! ironías de la suerte! construidas por humildes albañiles—que nunca ni siquiera soñaron con títulos de arquitectura—resistieron un poco más el fiero empuje. Y hasta creo que ese edificio se construyó en desacuerdo con el plano.

Yo creo—y no es insinuación para los señores diputados que va á ser quince ó veinte días que discuten sobre el asunto sin llegarse á convenir—que si se piensa reconstruir á Cartago de madera, esa madera, ó las casas ya hechas, se deben traer del exterior y para esto librar de gravamen aduanero esa clase de importación. Soy de los que siempre han luchado en bien de todo lo nacional, pero en este caso, antes que la protección á la industria nacional, debe estar el deseo de ver á Cartago siendo otra vez Cartago, ansiamos casi á toda costa, ver levantarse á la Cartago Nueva de los escombros aterradoros, con una esperanza en el porvenir y una lección en su pasado; y es esta una ocasión de decir á los obreros

albañiles que levantaron—como eco de rebelión—su grito de detente al proyecto que el Ejecutivo presentó al Congreso con respecto á construcciones, que no se alarmen ni levanten demasiado su voz por eso, porque han de ser tan justos y deben estar bien inspirados que no se opongan á ese proyecto—aunque les muestre la triste perspectiva de una hambre—si reviste justicia y más que justicia conveniencia en este caso. Y después de todo, probada como está la solidez de las buenas construcciones de ladrillo, siempre habrá demanda de vuestro trabajo. *O será que el Irazú es carpintero?*

Aunque, á decir verdad, (y mi voz es de sinceridad) en este caso en que las mismas leyes nos estrujan, yo os invitaría á dejar la cuchara y el cincel, á buscar las tierras vírgenes con su tesoro de magestad, de silencio, de riqueza, de verdadera vida, que sólo esperan el beso del arado para premiar—centuplicado—vuestro esfuerzo. Sabéis bien que la vida del campo sosogada es la vida fuerte y bella que da aliento al alma que se sintió desolada porque estaba oprimida entre los muros de la Iglesia y del cuartel. La vida del campo que no sabe de las aristocracias hambrientas y de los vicios disfrazados es la que debemos buscar. Cerca del rico querremos vestir como él, como él divertiremos y concluiremos por querer ser como ellos sin que podamos, por no permitirnoslo nuestro exiguo sueldo. Y tengamos por seguro que el Gobierno—inspirado en el bien nacional—al vernos abnegados de tal manera nos protegerá. Y me separé un poco de los escombros.

Algo más tengo que decir en otros párrafos.

Constantino Albertazzi

25 | 6 | 910.

¿Don Ricardo contrajo compromisos con alguien?

Hé aquí una pregunta cuya respuesta es sencillísima. El Lic. don Ricardo Jiménez no se comprometió á dar á Fulano ó Zutano tal ó cual puesto público, en recompensa de su adhesión ó de sus trabajos políticos, cual se había hecho costumbre en luchas anteriores, y esta fué el gran secreto, el poderoso talismán, por lo que el Partido Republicano se hizo tan inmensamente grande, que no fueron suficientes para vencerlo todas las diabólicas inventivas del enemigo.

¿Quién de vosotros, los que venimos luchando desde hace DIEZ Y SEIS AÑOS por implantar en nuestra querida tierra un gobierno legítimamente REPUBLICANO—DEMOCRÁTICO, podría permanecer indiferente ante la halagüeña perspectiva de que las VIEJAS Y VICIAS PRÁCTICAS que tan inmorales y desastrosos resultados han dado en administraciones pasadas, iban á ser arrinconadas, para poner en juego otras nuevas, acordes con la justicia y el buen juicio? Ninguno. Por eso, todos los que hemos lamentado más de una vez los males nacionales originados por prácticas tan absurdas como injustas, y que deseábamos con vehemencia ver llegarse la hora de la regeneración para esta nuestra pobre Patria tan abatida y desangrada, nos sentimos impedidos por una fuerza irresistible y obligados á agruparnos al rededor del Lic. Jiménez, en quien vimos encarnados nuestros viejos y acariciados ideales.

Entonces nos dijimos para sí: Llegará don Ricardo á la Presidencia desligado de todo compromiso y se encontrará con el horizonte despejado ante su vista. Nadie osará pedirle ningún